

Aventuras filosóficas:  
**ATRAPADOS EN EL MISTERIO**  
(Ética novelada o novela ética)

M.<sup>a</sup> José Molina Mestre



# 1

## CAPÍTULO

Nunca olvidaré aquellos últimos días de marzo.

Cuando entré en la ciudad de Iruña anocheecía y el frío era intenso. El viaje había sido largo y tenía el cuerpo entumecido, por lo que presentí que no tendría muy buen aspecto. Era algo que me preocupaba, ya que no le veía desde hacía más de quince años.

Aparqué delante de la puerta principal del hospital y relajé mis miembros con un profundo suspiro. Dudé de pronto si tal vez sería mejor esperar al día siguiente, pues la fina pero persistente lluvia había retrasado mi llegada. En el fondo de mi ser reconocía que era el miedo a enfrentarme con su presencia lo que me frenaba. No quería perderle. ¿Cómo había sido tan tonta? Solo había accedido a venir ante el temor de no volver a verle nunca más, pero nunca atendí a sus otros requerimientos por el miedo egoísta de no poder verle sufrir en su enfermedad. En nuestros breves contactos telefónicos nunca me sentí recriminada por ello. Como siempre, respetó mi libertad e independencia respecto a él.

Desechando tristes pensamientos moví el espejo retrovisor para retocar mis labios, mis mejillas y mis ojos... Entonces rompí a llorar como en aquel tiempo ya lejano, cuando no era más que una niña. Recordé mi primer encuentro con Miguel a través de un espejo como aquel. Aquellos ojos que tanto temor me inspiraron al principio se fueron convirtiendo para mí en

guía y aliento. Si la vida me había ido endureciendo es porque había olvidado lo que aprendí con él. Había espaciado el contacto los últimos años, sin más motivo que mis propias preocupaciones, convertidas en maraña densa por no decidirme a abrir el corazón. Mi madre había muerto hacía tiempo; con mi padre nunca hubo intimidad. Me volqué en mi marido enfermo ahogando mis soledades por evitarle más sufrimientos. Al final fue Miguel, como siempre, mi confidente, mi amigo, el padre que siempre necesité. En una larga carta, cuando no pude resistir más, le mostré mis angustias y temores, y renací de nuevo a la esperanza. Fue entonces cuando me habló de su enfermedad y del deseo de volverme a ver. Creo que me expresé ese deseo pensando más en mí que en él; de otro modo, lo hubiera manifestado antes.

Lloré por aquel hombre que tanto había llenado mi vida a pesar de la distancia. No me asombró su dolencia pulmonar, ya que le recordaba siempre saboreando sus cigarrillos. Todavía puedo oler cuando cierro los ojos aquel peculiar aroma. Nunca sabré si fue eso lo que le llevó a la muerte. Luchó hasta el final contra aquel veneno interior, pero fue vencido; sin embargo, según me dijo Adela, su mujer, no lo consideró jamás una derrota y se enfrentó a ello con la valentía de siempre, ahorrando toda preocupación a los suyos con su buen humor y su sonrisa habitual.

Salí del coche sabiendo lo que debía hacer.

Cuando entré en la habitación, su mujer y su hija se levantaron del sofá e intercambiaron sus miradas al verme indecisa. Adela, la hija, no tendría aún los veinte años y, sorprendentemente, se parecía a su madre adoptiva. Su mujer, con el rostro cansado, reflejaba aún la antigua belleza que yo conocía por las fotos.

—¡Pasa, te esperábamos! —exclamó la madre al fin, tras examinarme breves instantes—. Es Blanca —me presentó a la joven—, una antigua amiga de la familia a la que tu padre solía llamar «sobrina».

—Adelante, estaba deseando conocerte —me animó su hija tras besarme con cariño—. Desde luego eres como de la familia, aunque solo haya sido una relación a distancia. ¡No sabes la de cartas que conserva mi padre!

Miguel estaba incorporado en la cama y sonrió al verme. Rodeada de tanto entusiasmo, la emoción era evidente y cortó por lo sano como en los antiguos tiempos.

—¡Eh! Has venido a verme a mí... Ven, siéntate cerca —señaló el borde de su cama.

Me acerqué y al abrazarle noté su delgadez y los estragos de la enfermedad. Su familia se retiró discretamente mientras me sentaba a su lado. No sabía qué decir y quise disculparme por tantos años de silencio, pero no me dejó acabar. Puso su mano sobre mis labios mientras sonreía al ver mi turbación.

—No has cambiado demasiado —saludó con un guiño—. Te he esperado mucho tiempo. Intuí hace mucho que me necesitabas...

Le miré asombrada mientras le interrogaba con la mirada y volví a abrazarle intentando revivir los viejos tiempos. Aquel viaje fue para mí como un sueño, olvidar lo que viví fue mi gran error.

—Tus últimas cartas me dieron la pista... Habías perdido las gafas de colores y solo podías mirar en blanco y negro. Supe lo de Rodrigo; si me hubieras llamado, habría estado a tu lado.

Llené su cara de besos y lágrimas como muestra silenciosa de agradecimiento. Con una sonrisa, serenamente, me separó de sí tras el primer entusiasmo. Me miró largamente, como

intentando escrutar en mi interior. No aparté mi mirada. Necesitaba que me viera de nuevo tal como era, de nuevo sin miedos, ni temores.

—Esto es el final..., así que me alegro de que estés aquí —respiró con dificultad—. Quería decirte adiós y... —interrumpió sus palabras al mirar mis ojos de nuevo repletos de lágrimas.

—Continúa —esboqué una sonrisa, sobreponiéndome—, ya deberías conocerme; sigo siendo aquella niña tonta que te machacó con sus filosofías... ¡Ojalá no hubiera olvidado aquellas lecciones que pretendía darte! Pero es cierto, nada importante ha cambiado, tú lo has dicho.

—Ya lo sabía —su rostro reflejaba paz—. Por tus letras de estos quince años y tus ojos de ahora sigues igual que cuando te conocí.

No sabía dónde quería llegar, así que, haciendo esfuerzos por serenarme, me quedé en silencio mientras le cogía la mano con cariño.

—Adela es mi hija adoptiva, de la que tanto te hablaba. Me gustaría que escribieras para ella nuestra historia.

—Pero... —murmuré a la defensiva.

—Recuerdo que querías escribir un libro para tus alumnos y prometiste hacerlo. Yo te ayudé un poco. No puedes negarte —señaló con picardía.

—Soy una simple profesora —comenté—; solo jugué a filosofar durante ese viaje.

—Y es eso lo que ella quiere ser; pero quiero que descubra, como descubrí yo, que lo ordinario se entremezcla con lo extraordinario y que... —tosió.

—Déjalo, no te esfuerces —me levanté—, ya vendré otro día.

—Prométeme que lo harás —su mirada rezumaba ternura—. Me gustaría que lo hicieras. Quiero que conozca quién era su

padre antes de todo aquello. Y quiero que seas su profesora como fuiste la mía.

—Haré lo que pueda —contesté sin mirarle a los ojos.

—Y contarás todo tal cual fue, ¿verdad?

—Nadie lo creerá, Miguel —protesté—, y tú lo sabes mejor que nadie. Hasta yo lo he olvidado...

—Adela, mi mujer, ya lo creyó, y mi hija lo creerá también ya que, aunque era muy pequeña, conoció mi transformación después de todo lo que ocurrió. Además, te he hecho venir para que, escribiendo, tú también recuerdes.

Cuando salí del hospital sabía que no volvería a verle nunca más.

—Hasta los puertos grises —dijo al despedirme.

Sabía muy bien lo que aquella frase significaba para él. Me infundió ánimos y esperanza, y me prometí realizar la tarea encomendada con todo el esfuerzo del que fuera capaz. Los quince años de separación habían borrado mis antiguas ilusiones a pesar de sus cartas y de sus llamadas. Había perdido mucho tiempo por causas justificadas, pero tenía que retomarlo ya. Esta era la ocasión y no iba a perderla.

Descubrí que Adela, su hija, disfrutaba con la enseñanza y, al igual que yo, buscaba que sus alumnos aprendieran, sobre todo, a ser felices. Para ello, les inculcaba la búsqueda del sentido en todo lo que hicieran. Le encantaba filosofar, como a mí, y adoraba a su padre, mi «tío». Le conté el encargo que había recibido de su padre y le prometí escribir nuestra historia.

Nos volvimos a ver después del funeral, unos meses más tarde. Charlé con madre e hija largo y tendido. Nos hicimos grandes amigas durante mi estancia en la ciudad. Reímos y comentamos tantos sucesos de la vida que, con los años, no habíamos podido tratar, sobre todo de los esfuerzos de Miguel cen-

trados en volcarse con su familia tras su última aventura. Adoraba a su mujer y a su hija, pero las circunstancias complejas de su vida impidieron en ocasiones manifestarlo.

—No parecía el mismo; sí en carácter y firmeza, pero no en su espíritu. Ahora disfrutaba de todo y con todo —comentó con nostalgia su mujer—. Al principio le costó contármelo. Después me comentó que había descubierto y quemado «el anillo de poder» y ya era libre.

—Siempre hacía referencia al libro de Tolkien —puntualizó su hija—. Decía que había descubierto que en la vida jamás se está solo en la lucha por el bien, pero nunca nos contó la historia. «Esto lo narrará mi “sobrina”, Blanca», era su frase.

Durante estas conversaciones, que prolongué varios días, fui recordando a mi querido Miguel, al que conocí siendo un héroe fracasado, semejante a un Bogart amargado y solitario, pero con un corazón repleto de deseos e ideales que la vida había truncado uno a uno.



Capítulo 1.....	5
Capítulo 2.....	11
Capítulo 3.....	16
Capítulo 4.....	19
Capítulo 5.....	24
Capítulo 6.....	32
Capítulo 7.....	37
Capítulo 8.....	50
Capítulo 9.....	61
Capítulo 10.....	74
Capítulo 11.....	80
Capítulo 12.....	89
Capítulo 13.....	99
Capítulo 14.....	105
Capítulo 15.....	116
Capítulo 16.....	124
Capítulo 17.....	131
Capítulo 18.....	141
Capítulo 19.....	150
Capítulo 20.....	158
Capítulo 21.....	172
Capítulo 22.....	182
Actividades inteligentes.....	187